

se

NORMAN STONE

**BREVE
HISTORIA DE
LA SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**



Con su estilo narrativo único y su profundo conocimiento de nuestra historia reciente, Norman Stone se ha propuesto describir seis años del más sangriento conflicto nunca habido, con cerca de 50 millones de muertos.

Una guerra que consumió al mundo y en la que estuvieron implicadas las fuerzas aliadas por un lado y Nazis, fascistas y el imperio nipón por el otro.

Desde los orígenes suscitados por las graves depresiones económicas del periodo de entreguerras hasta el estallido de las bombas atómicas en Nagasaki e Hiroshima, pasando por la invasión de Polonia, el frente del este, las batallas en el norte de África, Burma y la guerra en el Pacífico.

Stone desgrana los principales acontecimientos con su estilo ágil en este único y conciso volumen.



Norman Stone

Breve historia de la segunda guerra mundial

ePub r1.0
Titivillus 02.02.18

Capítulo 2

El ascenso de Alemania

La guerra que estalló en 1939 tenía un trasfondo extraño y sinfónico de los conflictos europeos históricos. Polonia había sido en su momento una gran potencia, y los polacos más brillantes se preguntaban por qué su país había sido ocupado y al final destruido por Alemania y Rusia. Francia había sido su protector y en el pasado se habían librado guerra por esto: la desastrosa campaña de Moscú de Napoleón en 1812, e incluso, en cierto sentido, el ataque anglo-francés contra Rusia en la guerra de Crimea de 1853-1856. Todo esto tuvo efectos más allá de los límites de Europa y lo mismo ocurrió ahora: en diciembre de 1939 un buque corsario alemán, el *Graf Spee*, se vio arrinconado en un puerto sudamericano y se hundió. Pero estas primeras cuarenta y una semanas de la segunda guerra mundial fueron en esencia la última guerra europea, una guerra que Alemania ganó con gran rapidez. Napoleón había tardado cinco años en convertirse en dueño de Europa, con la batalla de Austerlitz en 1805. Hitler tardó nueve meses y el 14 de junio de 1940 sus tropas desfilaban junto al Arco de Triunfo que Napoleón había erigido en París para conmemorar aquella batalla. En el Foreign Office, a mediados de septiembre, *sir* Alexander Cadogan dijo: «Debemos perder la guerra durante cuatro años antes de ganar una batalla decisiva»; resulta curioso que fuera tan preciso.

Polonia fue el mártir de la segunda guerra mundial, de la misma manera que Gran Bretaña fue el héroe y Estados Unidos el vencedor. Como ocurre con muchos mártires, parece que se buscó su destino. Podría haber optado por aliarse con Alemania, a la espera de ganar algo en Ucrania occidental, incluido Kiev, que en su momento había estado bajo el gobierno de Polonia. Por el contrario, sus gobernantes permanecieron firmes al lado de británicos y franceses, a los que seguían viendo como los vencedores de 1918. Ellos, al igual que Polonia, se habían aprovechado de las condiciones altamente artificiales de 1918, cuando tanto Rusia como Alemania se encontraban fuera de juego, y los polacos se vieron como una gran potencia, el baluarte oriental de Europa. Habían visto lo que les había ocurrido a los checos, que habían aceptado las concesiones y a los que después habían desmembrado en Munich, y no querían correr igual suerte, incluso después de la firma del pacto nazi-soviético. Se negaron a cualquier concesión por pequeña que fuera, con la esperanza de que los aviones británicos y los tanques franceses acabarían rápidamente con los alemanes. En septiembre de 1939 no duraron demasiado. Hitler atacó sin una declaración de guerra y gran parte de su fuerza aérea fue destruida en tierra, aunque muchos escaparon hacia Rumanía. Sus ejércitos estaban muy adelantados, preparados para una invasión de Alemania y por eso los ataques alemanes los aislaron de Prusia al norte y Silesia al oeste. Se defendieron con bravura cerca de Varsovia, pero la

ciudad fue brutalmente bombardeada y en ese momento, el 17 de septiembre, el Ejército Rojo cruzó la frontera oriental. Setenta mil hombres, algunos barcos y aviones consiguieron escapar, y en occidente se estableció un gobierno en el exilio, pero por el momento Polonia quedó ocupada. Alemania se anexionó gran parte del oeste y la Rusia soviética el este. Lo que quedó, el llamado «Gobierno General», se encontraba bajo ocupación alemana, y se iba a convertir en una ocupación inmensamente letal, en la que fueron asesinados tres millones de judíos polacos y tres millones de polacos no judíos. En la zona soviética, se llevó a cabo una deportación masiva y la opresión fue también el destino de muchos nacionalistas ucranianos, que eran los supuestos beneficiarios del gobierno soviético.

Los aliados occidentales no hicieron nada para ayudar a Polonia, aunque los alemanes tuvieron que concentrar allí sus recursos. Francia había gastado siete mil millones de francos en un enorme complejo de defensas, la Línea Maginot, construida a lo largo de la frontera con Alemania e Italia. Todo el mundo esperaba que garantizaría la seguridad de Francia, pero también servía para que la estrategia francesa fuera extremadamente defensiva. Los franceses se alejaban de puntillas de la Línea Maginot y cuando esperaban un ataque la volvían a ocupar. Londres había esperado una gran campaña de bombardeos y las sirenas que avisaban de los ataques aéreos sonaron después de que Chamberlain hablase en la BBC sobre la declaración de guerra. Fue una falsa alarma: los alemanes no tenían intención de iniciar una campaña de bombardeos. Se produjeron algunas escaramuzas en el mar, pero todo empezó el otoño y en occidente no ocurrió mucho más, sobre todo si se tiene en cuenta que los tanques no podían maniobrar con facilidad en el barro, desarrollándose unos meses de los que se conoció como la «guerra falsa» durante un invierno especialmente duro. Las potencias occidentales no querían atacar bajo ninguna circunstancia, porque les detenían los recuerdos de las pérdidas de veinticinco años antes. Los franceses habían perdido 1.500.000 hombres en la primera guerra mundial y las circunstancias lúgubres de los años treinta –Orwell dijo que París era un cruce entre un museo y un burdel– provocó que la gente no tuviera hijos. Se había producido una recuperación modesta en el verano de 1939, por el 150 aniversario de la Revolución, pero su espíritu no superó los rostros de ratas atrapadas de los políticos de la última fase de la República. Además, ¿qué ayuda podría llegar de los británicos? Como en 1914, se desplegarían las gaitas en los muelles de Boulogne-sur-Mer y desembarcarían unos pocos regimientos escoceses con la mascota del regimiento, un terrier, y un coronel fumando en pipa. Al fin y al cabo, los británicos podrían haber detenido a Alemania en 1936, cuando Hitler ocupó Renania en la frontera con Francia. Con el apoyo británico, el ejército francés, invocando las cláusulas de diversos tratados, podría haber invadido Renania y forzado su desmilitarización. Los franceses creían que siempre habían sido los ingleses quienes habían evitado que tuvieran unas fronteras bien seguras. La izquierda francesa había sido seducida por el comunismo y, en consecuencia, algunos denunciaron la guerra.

La derecha francesa estaba desorganizada después de la experiencia del gobierno izquierdista de los años 1936-1938, y muchos de ellos admiraban al nazismo. Ésta no era una fórmula para una alianza feliz o para desarrollar con éxito un esfuerzo bélico. El frío invierno de 1939-1940 siguió adelante sin que en el frente occidental se produjeran muchos más movimientos que algunas excavaciones. Bélgica podría haber cooperado, pero el país estaba muy dividido, y Bruselas no quería provocar a Hitler. La guerra se desarrollaba en otra parte, casi en los márgenes.

El pacto nazi-soviético había situado los estados bálticos en la esfera de influencia de Stalin y esto incluía también a Finlandia. La frontera finlandesa, en Vyborg, se encontraba a unos pocos kilómetros de Leningrado, y Stalin, que quería seguridad, pidió este punto y una base naval en el sudoeste de Finlandia. Los finlandeses, cuyo país también era uno de los vencedores artificiales de 1918, respondió que no. Pero el clima y el terreno les proporcionaban un teatro mucho más defendible que el de los polacos, y a finales de noviembre se produjo una extraordinaria guerra de tres meses, en cuyo transcurso el Ejército Rojo sufrió una derrota humillante a manos de los ingeniosos finlandeses, calzados con esquís, que surgían de los bosques para atrapar a divisiones enteras. Los finlandeses habían calculado que los británicos acudirían al rescate e incluso se reunió una expedición, pero sólo por la razón de que proporcionaría a los británicos una excusa para tomar un atajo y bloquear las entregas de mineral de hierro a Alemania por parte de Suecia. Los franceses también plantearon un plan de lo más extraordinario para que sus pocos aviones de transporte cruzasen la Turquía neutral por la noche y lanzasen bombas sobre Bakú, en Azerbaiján, donde había pozos de petróleo: un plan que fue vetado con gran sensatez por los británicos. Pero la expedición escandinava llevó su tiempo y Stalin trasladó a generales que tenían alguna idea de lo que estaban haciendo, con lo que recompuso el peso de Rusia; los finlandeses tuvieron que ceder cuando bombardearon su capital. La expedición anglo-francesa a Escandinavia se canceló, aunque los británicos siguieron adelante con la idea de minar las aguas noruegas. Antes de que lo pudieran hacer, Hitler fue el primero en romper su neutralidad: se aseguró la ruta escandinava y el 9 de abril invadió Noruega a través de Dinamarca.

Resulta extraño, pero la invasión de Noruega fue uno de los momentos en los que Hitler perdió la guerra. La marina alemana, la *Kriegsmarine*, nunca fue lo suficientemente grande, pero con las circunstancias adecuadas podría haber contribuido decisivamente a una invasión del sur de Inglaterra. Los noruegos hicieron que fuera imposible. Con disparos afortunados, los viejos cañones de las fortalezas noruegas y los torpedos en Oslo hundieron el principal acorazado alemán y muchos destructores se hundieron en los combates con los británicos. Esta victoria afortunada resultó ser decisiva en otro sentido. Acabó con Chamberlain y alejó de Londres cualquier elemento que podría haber aceptado un acuerdo con Hitler. Cuando estalló la guerra, Chamberlain había nombrado a Churchill Primer Lord del Almirantazgo – el jefe civil de la armada– desde donde gestionó pésimamente el asunto noruego. Por

primera vez se produjo una batalla directa entre tropas alemanas y británicas. Los británicos no actuaron demasiado bien; se trataba de una manera muy británica de empezar una guerra caótica. También puso en evidencia las debilidades: una sobrevaloración del poder naval. Disponían de acorazados enormes: el *King George V* costaba lo mismo que una factoría moderna y empleaba a más hombres; transportaba 3.000 toneladas de combustible, tantos como un petrolero, y sus motores generaban tantos caballos de potencia como una central eléctrica. Sus diez cañones enormes pesaban ochenta toneladas cada uno y disparaban proyectiles de 700 kg a una distancia de más de treinta kilómetros; las torretas de los cañones pesaban 1.500 toneladas. ¿Cómo se podía hundir uno de estos monstruos, que se tardaba dos años en construir? Pero en realidad eran Maginots flotantes y los aviones podían demolerlos.

Mientras tanto en Londres, se culpaba a Chamberlain de todo lo que iba mal. Se produjo un momento dramático en la Cámara de los Comunes cuando en una votación contra Chamberlain, los imperialistas descontentos, en su mayoría conservadores, se unieron a la izquierda en contra del primer ministro, mientras que otros conservadores se abstuvieron. Un diputado conservador, Leo Amery (cuyo hijo mayor, irónicamente, emitía desde la radio nazi y después de la guerra fue ahorcado por traición), terminó su denuncia contra Chamberlain con las famosas palabras de Oliver Cromwell a un Parlamento que le estorbaba: «Lleváis sentado aquí demasiado tiempo para el bien que habéis hecho. Iros y acabemos con esto. ¡En el nombre de Dios, iros!». Ésta era la señal de que un genio nuevo y poderoso había surgido de la lámpara británica. El *establishment* (que es el nombre que acabó recibiendo) consideraba que Churchill era inestable, un jugador. Malcolm Muggeridge dijo en su momento que para triunfar los políticos británicos tenían que ser corredores de apuestas o vicarios. En 1940, el corredor de apuestas podía ser Lloyd George, mientras que el sustituto posible para Chamberlain era el vicario muy exaltado y de voz ahogada lord Halifax. El *establishment* lo quería a él, pero no era el momento del *establishment* y además, como dijo el propio Halifax, resultaba difícil que dirigiera el país desde la Cámara de los Lores. La opinión nacional fue expresada por el Partido Laborista, es decir, los sindicatos, y Churchill formó con él una coalición de gobierno. Anunció su política: sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor, y desde luego eso era todo lo que podía ofrecer, mientras en el oeste se abría ahora un enorme campo de batalla. En Francia no surgió ningún Churchill. Como afirma el autor clásico, el general Edward Spears: «La clase media británica no estaba aterrorizada, mientras que la burguesía francesa temblaba de miedo».

Hitler había querido atacar el otoño anterior, 1939, pero los generales alemanes no estaban entusiasmados. Seguían encontrando excusas: esta unidad no está preparada, la estación está demasiado embarrada y otras muchas más. Algunos de ellos hablaron incluso de derrocar a Hitler, aunque estas ideas no pasaron de la charla informal hasta mucho más tarde. Después de remolonear, los generales presentaron una propuesta, que era una versión del Plan Schlieffen original de 1897, que

contemplaba la invasión de Holanda y Bélgica en caso de guerra contra Francia. Entonces intervino el azar. Un oficial, que partió de Colonia para un viaje en avión, se llevó consigo los planes para asistir a una reunión. El avión se perdió, se estrelló en Bélgica y los papeles, capturados por los belgas, aunque medio destruidos, eran legibles. Los belgas se los pasaron a los franceses y éstos confirmaron lo que el Alto Mando francés pensaba que iba a ocurrir. De ello se derivaron dos consecuencias. Los franceses se embarcaron en uno de los errores militares más grandes de la historia, porque los alemanes cambiaron el plan. Hitler, como hacía con frecuencia, había adivinado la verdad y que podría triunfar un plan verdaderamente audaz, mientras que los generales sobreestimaban en gran medida el ejército francés y en realidad sólo estaban pensando en proteger la zona industrial del Ruhr de un ataque. Un general más ambicioso, Erich von Manstein, que comprendía lo que podían hacer los tanques y la aviación, había estado sugiriendo un plan que era muy audaz y había sido rechazado por el Alto Mando. Por casualidad se encontró con Hitler en Berlín y le explicó su plan. Se produciría una finta para penetrar con fuerza en Bélgica y Holanda, que atraería a los franceses. Pero el ataque alemán de verdad se lanzaría a través del sudeste de Bélgica, una región montañosa y muy boscosa llamada las Ardenas. Tenía pocas carreteras y no demasiado buenas, pero una hábil gestión del tráfico las podía volver utilizables. Una gran fuerza alemana atravesaría las Ardenas y cruzaría la frontera del río Mosa en Sedán, donde, setenta años antes, los prusianos habían derrotado al ejército francés y habían fundado la Alemania unida. Por supuesto este movimiento se podía detener y en realidad se podía convertir en una catástrofe si salía mal, si, por ejemplo, los tanques eran atacados desde el aire y quedaban inmovilizados. Hitler corrió el riesgo.

El 10 de mayo, los cañones despertaron el frente occidental y a partir de aquí se desarrolló una de las historias más extrañas del caos y la incomprensión militar de todos los tiempos. Los franceses habían cometido el tremendo error de invertir enormes cantidades de esfuerzo en el sistema de fortalezas defensivas de la Línea Maginot. André Maginot, sargento durante la guerra, se había convertido en ministro de la Guerra en 1929. Las tropas francesas habían recibido permiso para ocupar Renania por motivos de seguridad: no se podría producir ninguna invasión alemana. En 1929-1930, los británicos, en un esfuerzo por «apaciguar» a Alemania, habían tomado la iniciativa de proponer la retirada de las tropas aliadas, y Maginot afirmó en ese momento que la seguridad pasaba por la construcción de fortificaciones complejas, y dicho programa se convirtió en una enorme rueda de molino alrededor del cuello de los franceses. Era obvio que un tercio de sus fuerzas debía estar destinada en ellas para realizar acciones defensivas. Por eso los alemanes no tenían necesidad de situar delante de ellas más que algunas divisiones de veteranos de mediana edad; sus mejores tropas y sus blindados los podían situar en otra parte. De esta forma la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas unificadas de Alemania, aunque algo superada en número de tanques, podía crear una superioridad local aplastante donde

la necesitaba. Atravesarían Bélgica, que era lo que esperaban los franceses. Para alejar la guerra del norte de Francia, los franceses trasladaron tropas al interior de Bélgica y allí se encontraron lo que supusieron, erróneamente, que era el asalto principal de los alemanes. Se trataba del Grupo de Ejércitos B, con treinta divisiones de infantería y tres divisiones Panzer de blindados (cada una con unos 200 tanques). Consiguieron un golpe de efecto con la conquista de la fortaleza más grande del mundo, Eben-Emael, que los belgas habían construido en la frontera con Holanda, mediante una táctica brillante ejecutada por paracaidistas lanzados en planeadores que aterrizaron en los tejados con deslizadores de caucho para no hacer ruido, y lanzando granadas a través de los respiraderos y las portillas de los cañones. Entonces, desplazándose con rapidez, llegaron hasta la línea del río Dyle, donde se tropezaron con el ejército francés y con la casi totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, en sus siglas en inglés), que habían penetrado en Bélgica e intentaban llegar a Holanda. Aquí se encontraba la mayor y mejor parte del ejército francés, que ahora se vio empujado a una enorme trampa para elefantes, dejando sólo fuerzas escasas y de mala calidad para la defensa del territorio francés. Los alemanes habían descifrado los códigos con los que se comunicaba el ejército francés, sabían las fuerzas que quedaban en la Línea Maginot y con ello pudieron suponer dónde era más débil el frente francés. Teniendo en cuenta que la mayor parte del ejército francés, y toda la Fuerza Expedicionaria Británica, se habían trasladado a Bélgica, sólo quedaban pocas fuerzas entre Bélgica y el extremo septentrional de la Línea Maginot. Se extendían a lo largo del río Mosa, su liderazgo era pésimo y los hombres eran la viva imagen de la desmoralización de la Francia de la Tercera República: sucios, hoscos, mordiendo cigarrillos, oliendo a vino barato (el francés medio trasegaba unos tres litros al día, aunque hay que ser justos y añadir que la mitad de ellos eran campesinos y el agua no era demasiado fiable). Casi nadie previó que los alemanes podían atacar por aquí, con una fuerza enorme, y de hecho, en 1914, los cuarenta y siete camiones alemanes que intentaron utilizar estas carreteras se averiaron o accidentaron excepto uno. Sin embargo, los camiones y los tanques habían mejorado considerablemente desde aquella época y las Ardenas se llenaron ahora de largas columnas de tanques, vehículos y tropas a pie y en bicicleta, con la cobertura de la Luftwaffe. En realidad fue un verdadero milagro de la gestión del tráfico, y los tanques que se averiaban se apartaban con eficiencia. El Alto Mando había supuesto que les llevaría diez días alcanzar el Mosa, aunque el comandante de tanques Heinz Guderian pensaba que lo podía conseguir en cuatro. En realidad resultó que los alemanes llegaron al Mosa en dos días y lo cruzaron a las tres de la tarde del 15 de mayo sobre pontones de goma.

Sencillamente, los franceses no estaban a la altura de los alemanes. Los Stukas los distraían y aterrorizaban, cuando bombardeaban en un picado casi vertical, con las sirenas emitiendo un aullido y una bomba de un cuarto de tonelada en el fuselaje, de manera que los tanques e incluso la artillería quedaban paralizados: en realidad los

Stukas eran lentos y vulnerables si los artilleros no se dejaban llevar por el pánico, pero eso es lo que hicieron en 1940 porque la Luftwaffe actuó con brillantez. Una ventaja clave de los alemanes dio ahora sus frutos en las Ardenas. La Luftwaffe se había formado como un auxiliar del ejército, como una «artillería aérea», mientras que la RAF británica se diseñó para una guerra aérea independiente, en la que jugaría un papel muy importante el bombardeo a larga distancia (en 1936 este hecho se reconoció formalmente y se estableció el Mando de Bombardeo). Ahora, se alertó demasiado tarde a los bombarderos franceses y británicos sobre el paso de los alemanes a través de las Ardenas, y cuando atacaron, a la luz del día, fueron presas fáciles de los cazas alemanes Messerschmitt 109. Treinta y dos bombarderos «de batalla» entraron en acción ese primer día, de los cuales trece fueron destruidos y el resto quedaron dañados. Como dice el historiador de la guerra Max Hastings, se trataba de «ataúdes». Los pilotos franceses estaban desmoralizados con aparatos poco fiables. Los cazas franceses eran extraordinariamente lentos y difíciles de pilotar; y la RAF ya estaba preocupada sobre cómo podría defender las islas Británicas si empleaba los cazas en Francia. Los alemanes siguieron adelante. Los tanques cruzaron el Mosa el 16 de mayo y Guderian se movió con rapidez, ignorando las órdenes de detenerse. Este método ha entrado en la historia como «Blitzkrieg», la traducción de la idea italiana de «guerra relámpago», pero ésta no había sido la idea original de la campaña, que debía alejar a los Aliados de Bélgica, desde donde podían amenazar el Ruhr industrial. Fue idea de Guderian seguir adelante y sus superiores, entre ellos Hitler, temían que lo atacasen desde el sur y quedase aislado. Pero siguió adelante, deteniéndose para conseguir gasolina de garajes franceses abandonados, mientras sus hombres ordeñaban a vacas francesas angustiadas y abandonadas. A su derecha, el brillante mariscal de campo Erwin Rommel también cruzó el Mosa con sus tanques y protegió el flanco. El flanco izquierdo quedaba abierto y podía ser vulnerable, pero aquí la infantería alemana consiguió de nuevo un milagro de velocidad, atravesando el brillante clima de principios de verano durante una semana a una media de más de sesenta kilómetros al día, de manera que cuando se produjo por fin el contraataque francés, fracasó ante una dura resistencia (y se vio ralentizado por la oleada de refugiados que vagaban desesperados por los caminos). Rommel consiguió recorrer ochenta kilómetros en un día. Mientras tanto Maurice Gamelin, el comandante francés, supuso que tendría que defender París, y por eso el comandante del Grupo de Ejércitos A, Gerd von Rundstedt, al que pertenecía Guderian, quedó con las manos libres para encaminarse hacia el Canal, atravesando un terreno llano y con un tiempo ideal para los tanques. Los tanques franceses no estaban agrupados de esta manera para enfrentarse a ellos —se encontraban en el lugar equivocado— y las tropas francesas se rindieron unas detrás de otras. Rundstedt llegó a Amiens y los antiguos campos de batalla del Somme, y después al Canal en Abbeville el 20 de mayo, sólo unos pocos días después de su paso del Mosa. El comandante francés seguía temiendo que los alemanes se encaminarían hacia París y una vez más quedó

superado cuando se dirigieron hacia el Canal. El desastre consistía en que los británicos y los franceses estaban ahora aislados en Bélgica y que los holandeses también se habían colapsado: Rotterdam sufrió fuertes bombardeos. Los franceses lo habían hecho razonablemente bien contra el Grupo de Ejércitos B en Bélgica, y su actuación mejoró muchísimo cuando se dieron cuenta de lo que estaba en juego, pero ahora, separados de Francia por el Grupo de Ejércitos A, se dirigieron con los británicos hacia el mar, a merced de la Luftwaffe, y a su vez los belgas se rindieron. Más tarde, el rey de los belgas recibió críticas muy severas, pero el ejército belga luchó el tiempo suficiente para permitir que británicos y franceses llegasen a la costa. Para entonces también los franceses se habían despertado y las tropas del Grupo de Ejércitos B encontraron resistencia. Un grupo de cuatro divisiones en Lille detuvo a los alemanes que, admirados, permitieron a los franceses una rendición honorable. Los británicos y los franceses consiguieron lanzar un contraataque cerca de Arrás el 21-22 de mayo y esto provocó alguna alarma entre los alemanes; además, la Luftwaffe estaba seriamente desgastada: los aviones no soportaban fácilmente la presión y los talleres de reparación estaban sobrecargados. La mitad de los bombarderos estaban fuera de servicio. El día 23, Hitler ordenó el alto. El comandante británico, lord Gort, era un buen soldado de combate y decidió salvar su ejército del caos aliado y se retiró en perfecto orden de batalla hacia el Canal, en dirección al puerto de Dunquerque. Se trataba de un buen terreno defensivo con canales. La evacuación se inició el 27 de mayo y sólo se esperaba que pudieran regresar diez mil hombres. Pero ahora los cazas británicos empezaron a derribar a los bombarderos alemanes, el tiempo era por fin favorable, y los destructores que evacuaron a la mayor parte de los soldados recibieron la ayuda de miles de embarcaciones de todo tipo. Se pudieron rescatar unos 340.000 hombres –229.000 británicos y el resto franceses y belgas–, pero tuvieron que dejar atrás el equipo pesado.

Dunquerque fue un momento extraordinario pero se produjo a expensas de los franceses, que habían cubierto la retirada y ahora alrededor de 1.800.000 se convirtieron en prisioneros de guerra. Ambos bandos reconocían ahora la extensión de la victoria alemana y el 14 de junio cayó París. La Línea Maginot fue capturada intacta, desde la retaguardia, y se firmó un armisticio el 22 de junio. Las tropas alemanas ocuparon el norte y el oeste de Francia; el resto quedó bajo un régimen colaboracionista que tenía su centro en la ciudad termal de Vichy, que se ocupó con planes para la regeneración nacional, encabezado por un héroe de la primera guerra mundial, el mariscal Philippe Pétain, de ochenta y cuatro años. Se negó a entregar a los británicos a 400 pilotos de la Luftwaffe capturados y no hundió la flota para que no cayera en manos alemanas, como habían sugerido enérgicamente los británicos. Durante un tiempo, el Imperio francés siguió sus pasos, pero incluso antes del armisticio, el 18 de junio, un oficial disidente, Charles de Gaulle, huyó a Londres con unos pocos simpatizantes, donde estableció la «Francia Libre» y pronto ganó

seguidores en el África francesa. Mientras tanto Francia fue explotada sin piedad por los ocupantes alemanes. Temiendo que la armada francesa también cayera bajo el mando de los alemanes, los británicos hundieron la mayor parte en el puerto de Argel, mientras que en otros lugares los comandantes navales franceses llegaban a acuerdos con los británicos. Durante esta época desesperada, Mussolini entró por fin en la guerra.

Gran Bretaña se quedaba ahora sin aliados continentales, y con la intervención italiana, incluso el Mediterráneo quedaba cerrado. En la época de Dunquerque, un elemento del gabinete había dudado, planteado la posibilidad de la paz y, brevemente, Churchill la había considerado. En 1918 se había presentado una situación similar cuando los alemanes habían planteado los términos para derrotar a Rusia y habían insinuado a los británicos que podían llegar a un acuerdo entre ellos a expensas de Francia. El primer ministro, Lloyd George, se lo había pensado y lo había rechazado: una Alemania que controlase Rusia sería insoportable e imparable. En 1940 esta verdad era aún más evidente y Churchill sacó pecho: seguimos luchando. Fue una decisión extraordinaria, pero tenía el respaldo de la nación, y los miembros del gabinete, algunos llorando de alegría, lo vitorearon. El propio Hitler no lo podía entender y ofreció los términos de la paz, aunque en un tono triunfalista que suplicaba que la respuesta fuese «no». Churchill planteó sus objetivos bélicos, que eran bastante simples: Alemania debía devolver sus conquistas y dar garantías claras a través de los hechos de que no volvería a repetir sus crímenes.

Las guerras modernas desarrollan su propia dinámica y los razonamientos quedan atrás. Para la mayor parte del público británico la guerra había estallado durante el verano de 1939 y ahora no se iban a rendir. Pero parecía que había muy pocas esperanzas. La maquinaria de guerra alemana estaba reunida al otro lado del Canal y sus jefes trazaban planes para la invasión de las Islas Británicas, *Unternehmen Seelöwe*, Operación León Marino. Pero (en parte a causa de la campaña noruega) los alemanes poseían muy pocos buques de guerra para asegurarse el éxito, y la Luftwaffe tenía que proporcionar protección a las barcas que se reunían en la costa francesa. El objetivo de la Luftwaffe era expulsar a la RAF del cielo. A esto seguirían los bombarderos, con la protección de los cazas, que aterrorizarían a los británicos hasta que se rindieran. El plan alemán no estaba bien planteado y no había cazas suficientes; del 10 de mayo al 31 de julio, la Luftwaffe perdió casi 4.400 aviones. La RAF, operando desde bases cercanas, podía sentirse más liberada del combustible, mientras que los hombres de la Luftwaffe tenían que regresar a sus bases. El *Unternehmen Adlerangriff* (Operación Día del Águila), el nombre en código alemán para la campaña, se inició oficialmente el 13 de agosto y la batalla de Inglaterra, como sería conocida, duró del 14 de agosto al 15 de septiembre. Para empezar, el objetivo de los alemanes no estaba claramente definido y sufrieron muchas pérdidas: el 15 de agosto perdieron setenta y cinco aviones frente a treinta y cuatro. El jefe del Mando de Caza de la RAF, Hugh Dowding, alejó a sus hombres de los duelos en el

cielo que eran buenos para la propaganda y en su lugar los concentró en la destrucción de los bombarderos. Entonces la Luftwaffe cambió de objetivos e intentó destruir los aeródromos en el sur de Inglaterra; esta vez fueron los británicos los que sufrieron grandes pérdidas. En ese momento ocurrió un accidente. Un aviador alemán necesitaba aligerar la carga para volar de regreso a casa y el 24 de agosto lanzó sus bombas sobre lo que creyó era la campiña. En realidad se trataba de Londres a oscuras. La RAF pensó que había empezado el bombardeo de las ciudades y respondió con un ataque contra Berlín. Hitler perdió la paciencia y ordenó el bombardeo de Londres, civiles incluidos. El 7 de septiembre Londres se convirtió en el objetivo durante una semana, hasta el 15 de septiembre, cuando los alemanes realizaron el último gran esfuerzo. Esta vez los británicos perdieron veintiséis aviones y los alemanes sesenta (los británicos publicaron que la cifra real eran 185). La Luftwaffe había perdido en su conjunto 1.773 aviones y los británicos 915, y había otra cifra que en aquel momento pasó desapercibida: los británicos producían más cazas que los alemanes. Se habían rearmado más tarde y se lo habían pensado muy bien, mientras que los alemanes sufrieron por primera vez por el hecho de ser los primeros de la clase con muchos organismos que competían entre ellos e incluso diecisiete laboratorios de investigación diferentes. Cuando lord Beaverbrook se hizo cargo de la producción aeronáutica, acabó con el sinsentido de tener tres funcionarios por cada avión. Recortó los procedimientos, fue grosero al teléfono e ignoró los comités. Como reconoció Alistair Horne, era «el gobierno de los rugidos». La producción aeronáutica fue una historia británica de un éxito considerable, mientras que los asuntos de la Luftwaffe eran un caos, que culminó gráficamente en Munich en 1945, cuando el primer caza a reacción fue remolcado hasta la pista por unos bueyes para ahorrar combustible. Los británicos producían 500 aviones a la semana en 1940, los alemanes la mitad.

La invasión de Gran Bretaña fue cancelada. En venganza, Hitler y Goering ordenaron el bombardeo continuado de Londres, que se extendió durante los seis meses siguientes, siempre que lo permitió el tiempo. Se trató de una épica nacional, simbolizada para el mundo por la fotografía de la catedral de San Pablo rodeada de las llamas de los edificios incendiados a su alrededor. Cada mes cayeron nueve mil toneladas de explosivos hasta marzo de 1941. Los muelles del East End fueron un objetivo muy especial y la población cockney de la zona se pasó las noches en refugios y a veces en lo más profundo del metro de Londres, donde la disciplina era muy destacable, como señaló George Orwell, y se produjeron pocos episodios de pánico. También subrayó la extraordinaria solidaridad que prevalecía en los refugios y escribió un relato algo sentimental sobre ella (*The Lion and the Unicorn*), como una especie de emancipación socialista. Otras personas se emanciparon por caminos diferentes. Graham Greene había dejado a su familia en Beaumont Street, Oxford, y estaba teniendo un lío en un piso cerca del Museo Británico. Él era el bombero del edificio, lo pilló una bomba y tuvo que salir a rastras del piso superior de la casa que

estaba inspeccionando. La experiencia hizo que abandonase a la chica (que aparentemente era bastante fea) y entrase en la literatura y el cine como *El fin de la aventura*. Durante la segunda guerra mundial tuvieron lugar muchas emancipaciones similares.

Pero sobre todo esto se alzaba ahora la figura gigantesca de Churchill, que había encontrado su momento. Con muy pocas disensiones, dirigió una nación unida y desafiante en lo que llamó «nuestra mejor hora». Pero la única esperanza real era que interviniese Estados Unidos y ése no era un asunto sencillo. Una ley americana obligaba a una neutralidad estricta. Se habían producido reacciones muy amplias contra la primera guerra mundial. Muchos americanos tenían la impresión de que les habían engañado para entrar en ella, en beneficio de los intereses financieros de la Costa Este, y las manos del presidente Franklin Roosevelt estaban atadas. En teoría, sólo se podían vender armas a cambio de dinero en efectivo y no a crédito. Los británicos habían invertido enormemente en Estados Unidos y disponían allí de grandes activos. Ahora se vendieron de manera descontrolada casi a precio de saldo para pagar por el armamento. Sin embargo, el Atlántico estaba lleno de submarinos alemanes y el comercio americano se veía amenazado; y en cualquier caso, Roosevelt sabía muy bien que si los británicos se rendían, Estados Unidos tendría que enfrentarse a un mundo germano-ruso, con un Japón en expansión, no sólo en China sino en todo Asia oriental, donde existían importantes intereses americanos. Por eso las dos potencias atlánticas colaboraron por medios que no estaban prohibidos formalmente por la ley. Roosevelt entregó cincuenta destructores americanos a los británicos para que defendieran sus barcos mercantes, a cambio del alquiler de bases en las Indias occidentales británicas. Mientras tanto, los buques de guerra americanos recibieron autorización para disparar contra los submarinos alemanes y en octubre de 1940 empezaron a hacerlo. Hitler emitió órdenes estrictas de que no se contraatacase, porque los dos países no estaban en guerra, pero a veces consiguieron provocar a sus capitanes y en una ocasión respondieron. Desde el punto de vista de Hitler en cierto sentido ya estaba en guerra con Estados Unidos. La batalla esencial era, de hecho, la del Atlántico, a medida que se producían cada vez más submarinos alemanes que amenazaban la línea de flotación británica.

Mientras tanto, los británicos tenía bastante fuerza en un campo crucial: su genio innato para las tareas de Inteligencia, que se desarrollaba como una especie de juego. Habían conseguido descifrar la mayor parte de los códigos secretos alemanes y habían logrado replicar la máquina de codificación alemana Enigma, que era tremendamente complicada. Anteriormente, la Inteligencia británica había utilizado el término «muy secreto» para los secretos más importantes y cruciales para la seguridad nacional. Ahora, para la descodificación de los códigos alemanes (y de otros países), se introdujo un nivel de seguridad aún más alto: «ultra secreto» o Ultra. (Enigma y Ultra son hitos fundamentales en el desarrollo de la informática). Por supuesto, si los alemanes sospechaban que los británicos estaban descodificando sus

secretos, el juego se habría terminado. Por eso, a veces, para ocultar a los alemanes que conocían sus planes, los comandantes británicos evitaban deliberadamente la realización de maniobras que los habrían salvado de la derrota: el caso más evidente fue el fracaso en la defensa del aeropuerto principal en Creta en mayo de 1941 cuando los alemanes estaban a punto de atacar. En 1943 Hitler estaba tan convencido de que alguien muy cercano a él estaba revelando sus secretos militares que comía siempre solo, como mucho con su ayuda de cámara Straub.

En cualquier caso, en los primeros meses de 1941 Hitler se sentía bastante frustrado. Podía asegurar que los americanos se estaban armando y que podrían intervenir. Tenía la idea de que no iba a vivir hasta una edad avanzada y decía con bastante frecuencia que si no hubiera sido por él Alemania nunca se hubiera encontrado donde estaba. La opinión pública en casa estaba esperando el siguiente milagro, y mientras tanto los alemanes tenían que asumir privaciones fastidiosas que no tenían sentido en la situación de la guerra en aquel momento. Bajo estas circunstancias, Hitler pensaba que la única esperanza real para los británicos era que los rusos seguían fuertes y muy presentes. Él se encargaría de derribarlos.